

A mi madre

Yo se lo había oído contar a mi abuela y ésta se lo había oído contar a su abuela y ésta a su vez a su abuela y así generación tras generación durante varios siglos y la historia había permanecido intacta. Yo aún recordaba a mi abuela con los ojos muy abiertos mientras estallaba la tormenta. Era el momento de reunir al corro de niños y revelarles historias misteriosas pero verdaderas. Todos abríamos los ojos igual que la abuela y ésta nos sostenía la mirada implacable, y nos hacía volar de aquella habitación a lugares donde ni el más valiente se habría atrevido a entrar solo. Pero nosotros éramos muchos, con las manitas cogidas cerrando el círculo en la abuela. Ella era el fuego inextinguible. Había múltiples maravillas, de lunas lejanas, de hombres y mujeres capaces de traspasar el velo de la muerte por amor. Pero había una historia que nos gustaba especialmente, y que era como la Leyenda que nuestra familia había heredado de generación en generación. Ella nos hacía aprenderla de memoria, sobre todo a las niñas, y uno no se podía inventar nada. Cada coma, cada adjetivo, cada inflexión en el momento en que el viento soplaba entre las hojas del árbol, debíamos repetir todo exactamente igual. Cuando alguien lo conseguía, un gran silencio se apoderaba de la sala y la tormenta cesaba. Era como si la habitación se llenara de presencias, como si aquel cuento tuviera el poder de convocar a todos aquéllos que habían disfrutado escuchándolo alguna vez.....había una vez un joven llamado Rodrigo que cuidaba de los caballos de su señor, un noble poderoso del Reino de León. Rodrigo no imaginaba una vida mejor. Estaba poseído por el espíritu de los caballos. Sus grandes ojos negros podían ver en el horizonte a kilómetros de distancia. Vivía en las montañas, como un nómada, siguiendo el rastro de los animales en busca de los pastos. No era un mozo de cuadra. En épocas de paz, cuando los nobles no necesitaban sus mejores monturas para ir a la guerra, Rodrigo se encargaba de cuidar de los caballos mientras éstos disfrutaban de una libertad total en las montañas. Los animales le conocían, y permitían su presencia. A veces, montado sobre su hermosa yegua blanca, Paloma, Rodrigo corría con la manada por los valles y una extra-



ña euforia le invadía. Era como si él fuera un caballo más, sentía el galope, la hierba amortiguando el galope, las piedras, el retumbar de la tierra bajo la carrera frenética. Era una emoción más allá de la permitida a un humano.

Rodrigo no quería vivir de otra manera. Cuando llegaban las nieves y regresaba con la manada a los pies del castillo, repetía una y otra vez a los animales “pronto nos volveremos a ir, os lo prometo”. Decían que hablaba con los animales, pero que incluso había una comunicación entre él y los caballos a través de sus ojos. Por aquellos túneles negros hombre y caballos se entendían. En invierno la vida era aburri-

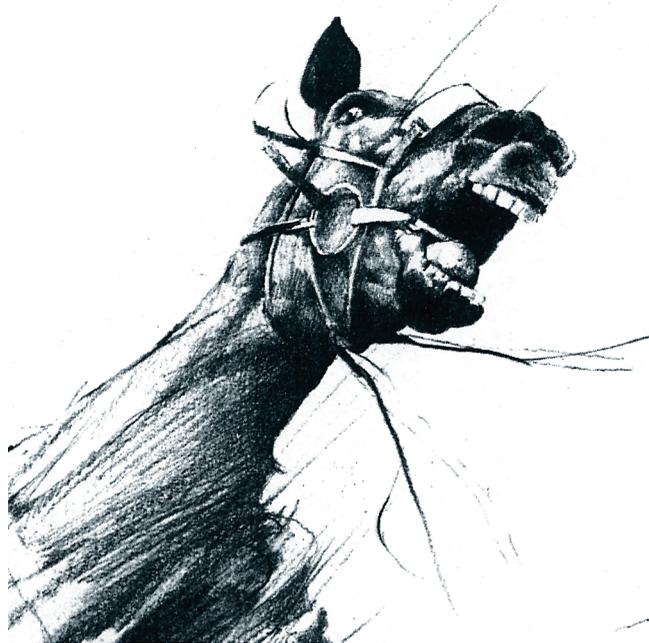
da. Todo discurría alrededor del fuego del hogar. Rodrigo vivía en una pequeña choza en las puertas del bosque cercano al castillo. Vivía solo. Nadie le había dicho nunca quiénes eran sus padres. Sólo sabía que desde niño había cuidado de él un viejo pastor ahora ya muerto. De éste había heredado la costumbre de conversar con un roble centenario que había cerca de la casa.

Un invierno, el primogénito del señor de todas las tierras tuvo el capricho de cabalgar. Apenas tenía quince años, pero presumía de ser el mejor jinete de todo el Reino de León. Le pidieron a Rodrigo que ensillara el caballo más veloz. Él se negó. Con las heladas la nieve era una superficie de hielo peligrosa. Un caballo podía resbalarse fácilmente y partirse las patas. El orgulloso joven no quiso escuchar y apartó a Rodrigo de un empujón. Entró en las cuadras y ensilló el caballo más grande que pudo encontrar, lo montó y salió al galope como un relámpago. Rodrigo supo antes de que sucediera lo que iba a ocurrir. Vio el cuerpo del animal-hombre tirado en el hielo con la fatalidad de la muerte. Pero se equivocó de víctima. Un grito ahogado se multiplicó en ecos. Alguien gritaba que el hijo del señor se había partido el cuello. El caballo, ileso, había desaparecido como el galope de un trueno hacia las montañas. Rodrigo sintió

una especie de alivio al imaginar al animal cruzando la nieve como un negro destello. Pero aquella muerte debía ser vengada, y Rodrigo sintió un escalofrío inexplicable anunciándole algo terrible.

Se enterró al infante bajo una cortina de nieve implacable que escondía los rostros. Nadie acusó a Rodrigo, todos sabían que había intentado impedirlo. Pero el dolor del señor de todas las tierras alcanzó a toda la manada de caballos. Ordenó que todos fueran sacrificados. Alguien puede imaginar la tierra abriéndose en dos, pero nadie puede imaginar el dolor de la tierra cuando se desgarró. Rodrigo era la tierra desgarrándose de dolor ante el sacrificio de los caballos. La muerte de cada animal era su propia muerte. No lo pensó. Aquella misma noche decidió liberar a los animales. Una luna llena enorme convertía las llanuras de nieve en cielos llenos de luz blanca. Abrió la puerta de los establos y como si los animales supieran lo que ocurría, todo se hizo silencio. Los condujo hasta el límite de las montañas, una noche entera. Se alejó de ellos con la profunda mirada de los animales horadando la suya. Habían sido uno, y ahora debían separarse. Él no habría sobrevivido al invierno en las montañas. Cabalgó todo el día y llegó de noche a su cabaña. Sabía que le estaban buscando. Cogió mantas, alimentos y agua y el libro en el que dibujaba en los largos inviernos hermosas siluetas de caballos, y se fue hasta el roble centenario. Lo abrazó. Y en aquel abrazo había una manada de caballos cabalgando al galope hacia el cielo de las montañas. Después, lentamente subió por las ramas, siempre hacia arriba, hacia arriba, hasta perderse muy cerca del cielo en el entramado de líneas, y allí, en un hueco del tronco que había aguardado durante años su llegada, se acurrucó y se durmió.

Durante días escuchó voces buscándole. Pero nadie podía verle allí, en el cielo enramado. Se habituó a vivir en el aire. En poco tiempo desarrolló una capacidad casi de pájaro para moverse entre las ramas. A veces, llegaba hasta la copa del inmenso roble y desde allí podía ver a las diminutas hormigas humanas. Pero sentía nostalgia de los caballos. Una y otra vez hojeaba el libro con sus dibujos y se atrevía de memoria a hacer siluetas de la manada cabalgando al viento y soñaba que él estaba allí, en aquella silueta a lomos de la yegua blanca. Se acostumbró a comer poco, a beber el agua que se quedaba en las hojas y así, poco a poco, pasó el invierno. Un día, alguien decidió sentarse bajo el hermoso roble a descansar. Rodrigo estaba en aquel momento dibujando el viento en las crines de un alazán. De pronto el libro se le deslizó entre las manos y cayó sobre una joven que descansaba a los pies del árbol. Aquel invierno la orden de sacrificar a todos los caballos de las tierras del señor se había extendido incluso a hacer desaparecer cualquier figura pintada, tallada o esculpida de caballos. La joven supo que aquel libro era de Rodrigo, el condenado a muerte, y supo también que su destino estaba ligado al de él. Rodrigo bajó por las ramas a buscar su único tesoro y entre las hojas vio el resplandeciente pelo negro de aquella mujer, que tenía ojos de caballo como los de él. Sólo un instante sus miradas se cruzaron y el roble sacudió sus ramas como si una fuerte tormenta invisible lo hubiera estremecido. Rodrigo extendió una mano y ella le alargó el libro con las siluetas de caballos mojaditas por diminutas gotitas de una lluvia fina. Rodrigo desapare-



ció sin saber si aquella presencia había sido real. Desde la copa del roble la vio alejarse con su cuerpecito de hormiga escapando de la lluvia. Y ya nunca estuvo solo. Sobre los dibujos de caballos fue superponiendo la difuminada cabellera negra de ella, asombrada entre las ramas del roble.

Ella regresó muchas veces esa primavera. Él sabía que ella estaba allí por la agitación de las hojas del roble. Bajaba y sus manos se rozaban, se intercambiaban piedras, hojas, dibujos, comida..., pero Rodrigo nunca pisaba la tierra. Un día él le regaló un caballito del tamaño de un dedo que había tallado con una pequeña rama. Aquel animal latía entre sus manos. Ella regresó a su casa con la mirada extraña de alguien que ha penetrado otros mundos más hermosos. Tal vez Rodrigo habría podido decidir bajar del árbol una noche y proponerle a ella la huida hacia las montañas, lejos de allí, encontrar juntos la libertad. Pero no hubo tiempo de planes. Un atardecer vio su cuerpo de hormiga corriendo hacia el bosque, y más lejos, otras hormigas furiosas que la perseguían. Ella llegó apenas al pie del roble y una mano extendida entre las hojas cogió la suya y la alzó hacia arriba, hacia arriba, mientras el bosque se poblaba de gritos y de terror. Pero a ellos sólo les llegaba un lejano rumor. Por primera vez Rodrigo tuvo a aquella mujer entera frente a sí, abrazada a él como él se abrazaba al roble. Subieron hasta la copa, donde nadie excepto ellos podían llegar, donde nadie excepto ellos llegaría nunca jamás. Se rastreó el bosque y algunos se subieron al inmenso roble habitado por el viento. Pero nadie vio nada. Nadie. Se dice que aquel día una manada de miles de caballos cruzó los extensos valles delante del castillo, se paró frente al bosque, y desapareció.

La abuela contaba que muchos años después, quinientos años, el roble se secó partido por un rayo. Cuando los campesinos fueron a talarlo para hacer leña, vieron claramente que en el tronco, muy arriba, se dibujaban dos siluetas abrazadas, un hombre y una mujer, montados sobre un caballo a galope. La talla sobre la madera era tan viva, que nadie osó acercar un hacha a aquel roble. Y desde entonces, aquellos que saben donde está, le ponen flores la Noche de San Juan para invocar su protección. Mi abuela decía que su abuela la había llevado una vez hasta el roble y que al abrazarlo, había oído galopes de caballo y hojas movidas por el viento, y el latido de un corazón.